

AFTER

ANTES DE ELLA

TODO
CAMBIARÁ



UN FENÓMENO
wattpad

 Planeta

@IMAGINATOR1D

ANNA TODD

o

Índice

Portada

Aplicación serie AFTER

Portadilla

Playlist de hessa

Dedicatoria

Parte uno. ANTES

De pequeño, el niño soñaba...

NATALIE

MOLLY

MELISSA

STEPH

Parte dos. DURANTE

HARDIN

UNO

DOS

TRES

CUATRO

CINCO

SEIS

SIETE

OCHO

NUEVE

DIEZ

ONCE

DOCE

TRECE

CATORCE

QUINCE

DIECISÉIS

DIECISIETE

DIECIOCHO

DIECINUEVE

VEINTE

VEINTIUNO

VEINTIDÓS

VEINTITRÉS

Parte tres. DESPUÉS

Al fin se estaba convirtiendo en el hombre...

ZED

LANDON

CHRISTIAN

SMITH

[HESSA](#)

[HESSA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[Conecta con Anna Toldd en Wattpad](#)

[Confidencial](#)

[Personal](#)

[Escritora](#)

[El amor](#)

[Créditos](#)

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

[¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!](#)

Próximos lanzamientos

Clubs de lectura con autores

Concursos y promociones

Áreas temáticas

Presentaciones de libros

Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha de l libro

y en nuestras redes sociales:

Explora Descubre Comparte

ANNA TODD

AFTER. ANTES DE ELLA

(Serie After, 0)

Playlist de hessa

Never Say Never de The Fray
Demons de Imagine Dragons
Poison & Wine de The Civil Wars
I'm a Mess de Ed Sheeran
Robbers de The 1975
Change Your Ticket de One Direction
The Hills de The Weeknd
In My Veins de Andrew Belle
Endlessly de The Cab
Colors de Halsey
Beautiful Disaster de Kelly Clarkson
Let Her Go de Passenger
Say Something de A Great Big World, con Christina Aguilera
All You Ever de Hunter Hayes
Blood Bank de Bon Iver
Night Changes de One Direction
A Drop in the Ocean de Ron Pope
Heartbreak Warfare de John Mayer
Beautiful Disaster de Jon McLaughlin
Through the Dark de One Direction
Shiver de Coldplay
All I Want de Kodaline
Breathe Me de Sia

*Para mis magníficos lectores, que me inspiran
mucho más de lo que puedan llegar a imaginar*

Parte uno

ANTES

De pequeño, el niño soñaba con qué sería de mayor.

Quizá policía, o profesor. Vance, el amigo de mamá, trabajaba leyendo libros, y eso parecía divertido. Pero el chico dudaba de su capacidad; no tenía aptitudes. No sabía cantar como Joss, un niño de su clase. No sabía sumar y restar números largos como Angela. Apenas era capaz de hablar delante de sus compañeros, a diferencia del dicharachero Calvin. Con lo único que disfrutaba era leyendo páginas y páginas de sus libros. Esperaba ansioso a que Vance se los llevara, lo que solía ser una vez a la semana, en ocasiones más, otras menos. Había épocas en las que no aparecía, y entonces se aburría y releía las páginas gastadas de sus obras favoritas. Pero aprendió a confiar en que aquel

hombre tan simpático siempre acabaría volviendo, libro en mano. Y el niño crecía y se volvía cada

vez más inteligente, unos dos centímetros y un libro nuevo cada dos semanas.

Sus padres fueron cambiando con las estaciones. Su padre cada vez gritaba más y tenía peor aspecto; su madre estaba cada vez más cansada y sus sollozos inundaban el silencio de la noche y se

volvían cada vez más intensos. El olor a tabaco y a cosas peores empezó a filtrarse en las paredes de

la pequeña casa. Los platos sucios se desbordaban de la pila de la cocina, y el aliento de su padre apestaba a whisky. Con el paso de los meses, en ocasiones incluso llegaba a olvidar por completo el aspecto que tenía su padre.

Vance acudía cada vez con más frecuencia, y él apenas reparó en el modo en que los gemidos de su madre se transformaron por las noches. Había hecho amigos. Bueno, un amigo. Ese amigo se trasladó a otro lugar y ya no se molestó en hacer otros nuevos. Sentía que no los necesitaba, no le importaba estar solo.

Los hombres que se presentaron en su casa aquella noche cambiaron algo en lo más profundo de su ser. Presenciar lo que le sucedió a su madre lo endureció; lo transformó en una persona cargada

de ira, y su padre se convirtió en un extraño para él. Poco tiempo después, aquél dejó de aparecer tambaleándose por la minúscula y mugrienta casa. Desapareció del mapa, y el chico sintió alivio. Se acabó el whisky. Se acabaron los muebles rotos y los agujeros en las paredes. Lo único que dejó atrás fue a un hijo sin un padre y un salón lleno de paquetes de cigarrillos medio vacíos.

El muchacho detestaba el sabor que le dejaba el tabaco, pero le encantaba el modo en que el humo inundaba sus pulmones y le robaba el aliento. Acabó fumándoselos todos, y después compró más.

Hizo amigos, si se podía llamar *amigos* a un grupo de delincuentes rebeldes que le causaban más problemas que otra cosa. Empezó a salir hasta tarde, y las mentirijillas piadosas y las bromas inofensivas del grupo de adolescentes furiosos acabarían transformándose en actos más graves. Se convirtieron en algo más oscuro, algo que todos sabían que estaba mal, en el sentido más profundo de la palabra, pero pensaban que sólo se estaban divirtiendo. Creían que tenían todo el derecho del mundo a comportarse así, y eran incapaces de negarse el subidón de adrenalina que les causaba el

poder que sentían. Tras cada inocencia que robaban, sus pulsos latían con más arrogancia, con más sed de causar dolor y menos límites.

Este chico seguía siendo el más blando de todos ellos, pero había perdido la conciencia que en su día lo hizo soñar con ser bombero o profesor. La relación que estaba desarrollando con las mujeres

no era la habitual. Ansiaba su contacto, pero se protegía contra cualquier tipo de conexión emocional.

Esto incluía a su madre, a quien había dejado de decirle hasta el más simple «te quiero». Apenas la veía. Se pasaba la mayor parte del tiempo en la calle, y su casa pasó a ser sólo el sitio en el que recibía paquetes de vez en cuando, en los que aparecía una dirección del estado de Washington escrita bajo el nombre de Vance como remitente.

Vance también lo había abandonado.

Las chicas se fijaban en él. Se abalanzaban sobre él, le clavaban sus largas uñas dejándole medialunas marcadas en los brazos mientras él les mentía, las besaba y se las tiraba. Después de practicar el sexo, la mayoría de ellas intentaban rodearlo con los brazos, pero él las apartaba y les negaba sus besos y sus caricias. En casi todas las ocasiones se largaba antes de que ellas hubiesen recobrado el aliento. Se pasaba los días y las noches colocado en el callejón de detrás de la licorería o en la tienda del padre de Mark, malgastando su vida. Robaba botellas de alcohol, grababa vídeos manteniendo relaciones sexuales y humillaba a chicas ingenuas. Había dejado de sentir emociones más allá de la arrogancia y la rabia.

Al final, su madre dijo basta. Ya no tenía ni dinero ni paciencia para lidiar con su comportamiento destructivo. A su padre le habían hecho una oferta de trabajo en una universidad de Estados Unidos.

En Washington, concretamente, el estado en el que vivía Vance, en la misma ciudad, incluso. El bueno

y el malo juntos en el mismo lugar una vez más.

Su madre creía que no la estaba escuchando cuando habló con su padre sobre enviarlo allí. Al parecer, el viejo se había desintoxicado, aunque él no estaba seguro. Nunca lo estaría. Además, se había echado novia, una mujer a la que le tenía celos, ya que ella podía ver lo bueno de su nueva faceta; podía compartir las comidas sobrias y las palabras amables de las que él nunca disfrutó.

Cuando llegó a la universidad, se mudó a una casa de fraternidad. Lo hizo sólo por fastidiar a su viejo pero, aunque no le gustaba el lugar, en cuanto trasladó sus cajas a esa habitación con un tamaño

bastante decente que sería sólo suya, sintió una especie de alivio. El dormitorio era el doble de grande que el que tenía en Hampstead. No tenía agujeros en las paredes y no había bichos reptando por los lavabos del cuarto de baño. Por fin tenía un lugar en el que colocar todos sus libros.

Al principio se pasaba el tiempo solo y no se molestó en hacer amigos. Su pandilla se fue juntando poco a poco, y con ella volvió a caer en el mismo comportamiento oscuro.

Conoció al doble de Mark, a su versión estadounidense, y eso lo hizo pensar que así era como se suponía que tenía que ser el mundo. Empezó a aceptar que siempre estaría solo. Se le daba bien hacer

daño a la gente. Hirió a otra chica, como a la anterior, y volvió a sentir esa tormenta eléctrica que ascendía y descendía por su espalda y que amenazaba con destruir su vida con su furiosa energía.

Empezó a beber tanto como su padre lo había hecho en su día, cosa que lo convirtió en el peor de los

hipócritas.

Pero le daba igual; apenas era capaz de notar sensación alguna, y tenía amigos que lo ayudaban a olvidar el hecho de que no tenía nada auténtico en la vida.

Nada importaba.

Ni siquiera las chicas que intentaban llegar hasta él.

NATALIE

Cuando conoció a esa chica de ojos azules y cabello oscuro supo que estaba ahí para ponerlo a prueba de un modo distinto. Era buena, el alma más noble que había conocido hasta el momento..., y estaba perdidamente enamorada de él.

Sacó a la pobre ingenua de su vida perfecta y la arrastró hasta un mundo oscuro y sórdido para después abandonarla a su suerte en aquel ambiente que le era completamente ajeno. Su crueldad hizo de ella una marginada. Primero la repudió su iglesia y después su familia. Las críticas eran duras, los rumores se extendían de beata en beata, y su familia no se portó mucho mejor. Se quedó sola, y cometió el error de confiar en que él era más de lo que era capaz de ser.

Lo que le hizo a esa chica fue la gota que colmó el vaso para su madre, de modo que lo envió a Estados Unidos, al estado de Washington, con su supuesto padre. Su manera de tratar a Natalie lo exilió de su Londres natal. Al final había conseguido que la soledad que había sentido todo ese tiempo se hiciera realidad.

Hoy los bancos de la iglesia están repletos de feligreses que han acudido a rezar en esta calurosa tarde de julio. Todas las semanas viene la misma gente, y conozco los nombres y los apellidos de todos ellos.

Mi familia y yo vivimos como reyes aquí, en una de las ciudades más pequeñas de Jesús.

Mi hermana pequeña, Cecily, está sentada a mi lado en primera fila, tirando con sus deditos de unas astillas del viejo banco de madera. Acaban de concederle una subvención a nuestra parroquia para renovar parte de los interiores, y nuestro grupo de juventudes ha estado ayudando a recoger materiales donados por la comunidad. Esta semana, nuestra misión es conseguir pintura para pintar los bancos. Me he pasado la tarde yendo de una ferretería a otra pidiendo donaciones.

Como para subrayar el fracaso que siento con respecto a esa tarea, oigo un leve chasquido y, cuando me vuelvo, veo que Cecily ha arrancado un trocito de madera de su asiento. Tiene las uñas pintadas de rosa, a juego con el lazo que luce en su cabello castaño oscuro, pero ¡madre mía, qué destructiva es!

—Cecily, arreglaremos los bancos la semana que viene. Estate quieta.—Le cojo sus manos con suavidad y hace pucheritos—. ¿Quieres ayudarnos a pintarlos para que vuelvan a estar bonitos? Le sonrío; ella me responde con su adorable sonrisa mellada y asiente con la cabeza. Sus rizos rebotan con cada uno de sus movimientos, para orgullo de mi madre, que se los ha hecho con la plancha esta mañana.

El pastor casi ha terminado con el sermón, y mis padres están cogidos de la mano mirando hacia el frente de la pequeña iglesia. El sudor se ha estado acumulando en mi cuello y sus pegajosas gotas

descienden por mi espalda mientras oigo de fondo sus palabras sobre el pecado y el sufrimiento.

Hace tanto calor aquí dentro que el maquillaje de mi madre empieza a relucir en su garganta y a correrse alrededor de sus ojos. Sin embargo, ésta debería ser nuestra última semana de padecer sin el aire acondicionado. O, al menos, eso espero; de lo contrario, hasta es posible que finja estar enferma para evitar este horno.

Cuando termina la misa, mi madre se levanta para hablar con la mujer del pastor. La admira mucho, demasiado, diría yo. Pauline, la primera dama de nuestra iglesia, es una señora dura y

muy

poco empática, de modo que entiendo por qué a mi madre le llama tanto la atención.

Saludo a Thomas con la mano, el único chico de mi edad de las juventudes. Me devuelve el saludo mientras sigue la fila de personas que salen de la iglesia con toda su familia. Lista para respirar

un

poco de aire fresco, me levanto y me seco las manos en mi vestido azul pastel.

—¿Puedes llevar a Cecily al coche? —me pregunta mi padre con una sonrisa cómplice.

Se dispone a intentar que mi madre deje de parlotear, como todos los domingos. Es una de esas mujeres que siguen hablando y hablando después de haberse despedido unas tres veces.

No me parezco a ella en ese sentido. En eso he salido a mi padre, cuyas escasas palabras suelen estar cargadas de un enorme significado. Y sé que mi padre se siente orgulloso de las cosas que

he

heredado de él, desde su discreto comportamiento hasta nuestros rasgos más evidentes: el pelo oscuro, los ojos azul pálido y la altura. O, más bien, la falta de ella. Apenas medimos un metro sesenta y siete, aunque él es ligeramente más alto que yo. Mamá siempre bromea con que Cecily nos pasará en cuanto cumpla los diez.

Asiento y cojo a mi hermana de la mano. Camina más rápido que yo, y el entusiasmo de la juventud la hace apresurarse entre el pequeño grupo de feligreses. Quiero tirar de ella para que espere, pero se vuelve hacia mí ofreciéndome la mejor de sus sonrisas y no puedo evitar seguirla.

Echamos a correr por la escalera hasta el patio. Cecily esquiva a una pareja de ancianos, y me

echo a

reír cuando da un gritito, a punto de chocar con Tyler Kenton, el chico más travieso de la

parroquia.

El sol brilla, siento el aire denso en mis pulmones y corro cada vez más rápido, siguiéndola,

hasta

que tropieza y cae sobre el césped. Me arrodillo para comprobar que está bien, me inclino sobre

ella

y le aparto el pelo de la cara. En sus ojos, las lágrimas amenazan con brotar, y el labio inferior le

tiembla con violencia.

—El vestido... —Se palpa el vestido blanco mirando las verdes manchas de césped en la tela—.

¡Se ha estropeado! —exclama, y se cubre el rostro con las manitas sucias.

Se las aparto y se las coloco sobre su regazo. Sonrío y le digo con voz suave:

—No se ha estropeado. Se puede lavar, cariño.

Paso el dedo pulgar por su párpado inferior para secarle una lágrima que pretendía descender por su mejilla. Ella se sorbe los mocos, dudando si creerme o no.

—Pasa muchas veces; a mí me ha pasado por lo menos treinta veces —le garantizo, aunque es mentira.

Las comisuras de sus labios se curvan hacia arriba y se esfuerza por no sonreír.

—No es verdad —responde a mi mentirijilla.

La abrazo y tiro de ella para levantarla. Echo un vistazo a sus pálidas extremidades para asegurarme de que no tiene nada. Está intacta. Continúo rodeándola con el brazo mientras

camina

por el patio de la iglesia en dirección al aparcamiento. Mis padres se aproximan desde esa

dirección.

Él por fin ha conseguido cortar los chismorreos de mi madre.

Durante el trayecto a casa, me acomodo en el asiento trasero con Cecily y dibujamos pequeñas mariposas en su cuaderno de colorear favorito mientras mi padre habla con mi madre sobre el

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

